

EL PADRE AUGUSTO ECHECOPAR: UN MODELO PARA “HOY”

INTRODUCCIÓN

Vamos a presentar al P. Eche copar no tanto en la abundancia de datos biográficos, sino desde el intento de mostrar en qué sentido puede convertirse en modelo para el creyente de “hoy”. Se trata de percibir la vigencia de los valores encarnados por un hombre de fe en una situación histórica concreta a la que tuvo que responder, para que también nosotros podamos vernos estimulados a responder a los desafíos actuales que se nos presentan en nuestro seguimiento de Cristo. Queremos descubrir, en Augusto Eche copar, “un santo para nuestro tiempo”.

I

“UNE RICHE NATURE” (1830-1847)

En este primer momento, queremos mostrar el influjo que el lugar de origen y su familia han tenido en el desarrollo posterior de la vida del P. Eche copar.

Nació en 1830. Los biógrafos y contemporáneos coinciden en afirmar que de niño tuvo un temperamento emprendedor y fogoso, muy aventurero, casi “indomable”. En el contexto de diez hermanos, él era el sexto. Su familia era de posición más bien acomodada. Su padre Juan Pedro y su madre Ninette se esmeraron por darle una buena educación y formarlo tanto en lo humano como en la fe.

Su hermano Evaristo se va a América, y comienzan a tener mayor incidencia en su vida sus hermanas, especialmente Susana. Va adquiriendo mayor delicadeza y dominio de sí, dejando de lado los juegos rudos a los que se entregaba con su hermano mayor. Su violencia comienza a concentrarse en el esfuerzo moral e intelectual: llega a ser el mejor alumno de la clase en su ciudad natal, con el P. Caset. A los once años hace su primera comunión.

En la adolescencia muestra un equilibrio poco común para la gente de su edad. Él mismo considera inapreciable el influjo que el P. Segalás tuvo sobre su vida durante su bachillerato: ve en él “el más completo sacerdote que me ha sido dado conocer”. En esta etapa de la vida se destaca por su carácter ameno y por su inclinación y aptitud para la música, por tener un buen porte físico y no dar apariencia de vanidad en su personalidad: “Rica naturaleza: talla alta, proporciones armoniosas, trazos regulares y finos, un trato claro y franco, voz de oro, un corazón rebosante de afectos delicados y profundos”.

De lo dicho en este primer capítulo, percibimos que tanto su familia, su naturaleza, como también su origen campestre, han contribuido para que el P. Eche copar pudiera gozar de un gran equilibrio humano en los albores de su juventud.

II

VOCACIÓN SACERDOTAL

Y

COMIENZO DE SU MINISTERIO (1847-1855)

En este segundo capítulo queremos destacar cómo, sobre una base humana de equilibrio, se fue construyendo un sacerdote idóneo.

El P. Salaberry era amigo de la familia Eche copar. En una visita, había dicho a los padres de Augusto, refiriéndose a él, “será sacerdote”. Pero Augusto no se conforma con eso, quiere cerciorarse de su vocación, no quiere hacer otra cosa sino lo que Dios le pida oportunamente; busca con insistencia que sea Él quien le muestre lo que debe hacer con su vida.

En el Colegio San Luis Gonzaga, el P. Segalás es su director espiritual, “el padre más tierno, el guía más experto, el apoyo más seguro de mi juventud”. Solía afirmar éste que “es necesaria la ciencia del sacerdote para honrar su ministerio y hacerlo provechoso para las almas”. Durante esta etapa en Saint Palais, Augusto fue estudiante y profesor, además de encargado de algunas vigilancias. Fue modelo también por su vida de oración.

En 1853, es trasladado a Olorón, donde encuentra un ámbito privilegiado para la inmediata preparación al ministerio sacerdotal. En el noviciado de los Sacerdotes Auxiliares de la Santa Cruz encuentra un ambiente de estudio y oración. A cargo de esta casa de estudios estaba el P. Menjoulet, “hombre impasible, cuyo corazón había sido invadido por el cerebro”. Buscaba la formación de sacerdotes de élite, con el aval de Monseñor Lacroix.

En 1854, es ordenado sacerdote, y asombra desde un comienzo por su predicación que transparenta una honda vida de fe.

De esta segunda etapa de su vida recogemos el deseo de asumir vocacionalmente lo que Dios le reservara (“el proyecto de Dios”) y no lo que a él le gustaba simplemente (“inclinaciones”), la importancia que tuvo en su vida haber

contado con un buen director espiritual y el empeño puesto en la formación intelectual. Todo esto hace del P. Eche copar un sacerdote “idóneo”.

III DISCÍPULO DE SAN MIGUEL EN BETHARRAM (1855-1863)

En este capítulo trataremos de ver cómo progresivamente el P. Eche copar irá asimilando el “espíritu” de San Miguel, poniéndose así “a la escuela de un santo”.

En 1855, se suprime la Sociedad de la Santa Cruz. El P. Eche copar, entre otros, es aceptado por San Miguel Garicoïts en la naciente comunidad de Betharram. Se lo envía dos años al Seminario-Colegio Santa María, con el P. Rossigneux. Allí se desempeña como director de la Congregación de la Santísima Virgen y de la Conferencia de San Vicente de Paúl: piedad y caridad van juntas.

En 1857, es nombrado Maestro de Novicios, pese a considerarse con escasa formación para ello. Durante un mes, pide permiso para aprender su nuevo trabajo, y se pone a escuchar las conferencias que San Miguel daba a los novicios. Luego, continuará tomando notas, -a escondidas-, de las conferencias semanales que nuestro santo daba a toda la comunidad (profesores, misioneros, estudiantes...). A su vez, iniciado su desempeño como Maestro de Novicios, consultará permanentemente a San Miguel en lo referente a la marcha del noviciado: prácticamente, cada mañana lo visita en su habitación. Los novicios terminarán admirándolo, y en alguna oportunidad, lo encontrarán extasiado en arrobamientos místicos.

Progresivamente, el P. Eche copar se irá convirtiendo en un “espejo espiritual” de San Miguel. Irá recibiendo y elaborando el carisma en torno a las ideas “ejes” de su Maestro, pero matizándolo con percepciones propias. Sigue a San Miguel en el culto a la Voluntad de Dios, al “Ecce Venio” y a la obediencia; habla más explícita y frecuentemente del Sagrado Corazón (el “Corazón de Cristo”) e integra en Él una variada gama de virtudes humanas y cristianas. También hace referencias más frecuentes a la Santísima Virgen, y se detiene especialmente en el “effacé et dévoué” proclamado por San Miguel. Incluso, la misma vida le dará dos imágenes, respectivamente, de estas dos actitudes: el pesebre de Belén (Crêche) y el Calvario de Betharram.

IV CONTINUADOR DE SAN MIGUEL PARA BETHARRAM (1863-1897)

En este último capítulo queremos mostrar cómo el P. Eche copar, con una rica formación y dotes humanas (Cap. I), con una esperada formación espiritual e intelectual para el ministerio sacerdotal (cap. II), y habiendo asimilado progresivamente el carisma fundacional de San Miguel (Cap III), se convierte en el “alma mater” de la naciente Congregación, poniendo lo mejor de sí al servicio de Dios como “jefe y pastor, padre y médico de las almas”.

En 1863, muere el Fundador de la Congregación de los Sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús de Betharram. Monseñor Lacroix, que no compartía la idea de un Instituto de derecho pontificio, sino tan sólo la de un grupo de sacerdotes misioneros diocesanos, reconoce que San Miguel “era un santo”, pero afirma a continuación que “se ha equivocado”. Nombra como continuador al P. Chirou. El P. Eche copar, con los suyos, obedece: durante quince años será Maestro de Novicios y mantendrá vivo el “espíritu (“carisma”) del Fundador.

Sus cartas reflejan una preocupación permanente por referirlo todo a San Miguel (“Nuestro Padre”), y se preocupará por hacerlo conocer. En 1863, poco después de su muerte, compone un “retrato” biográfico; en 1878, se publica, por pedido suyo, “Vida y Cartas del R.P. Miguel Garicoïts”; y en 1897, escribe una “Relación sobre la Vida y las Virtudes” del Fundador.

Se preocupa también de afianzar la obra de San Miguel. En primer lugar, de la aprobación de las Constituciones. En 1869, prepara un reglamento para que Monseñor Lacroix lleve a Roma; en 1870, forma parte del equipo que prepara las Constituciones. En 1874, es elegido Superior General (cargo que desempeñará hasta su muerte) y decide aceptar el Colegio San Luis Gonzaga para estar cerca de Bayona y facilitarse así el contacto con el Obispo con quien en primer lugar había que tramitar la aprobación del Instituto. En todo esto, manifiesta una permanente dedicación y constancia, respetuosa de la autoridad pero firme a la vez. Por fin, en 1875, por intervención complementaria de la Beata María de Jesús Crucificado y de la Srta. Dartigaux, los PP. Estrate y Bordachar pueden ir a Roma, y, con la ayuda providencial del P. Bianchi, dar pronto curso a un trámite que, de otro modo, se hubiese prolongado bastante más tiempo. La obra de San Miguel quedaba reconocida oficialmente en la Iglesia.

El P. Eche copar también acompaña personalmente el crecimiento de la obra de San Miguel, especialmente como Superior General. En 1878, funda el escolasticado en Belén, incluso sin mucho entusiasmo de parte del Consejo General. Lo organiza personalmente en dos visitas, la segunda de ellas, después de haber conocido cada comunidad de la Congregación (1892). En 1899, hace la visita canónica de las siete comunidades de Francia, para luego dirigirse a América (Argentina y Uruguay) por espacio de cuatro meses.

Por último, el P. Eche copar quiere que quede reconocida en la Iglesia la imagen del Fundador como modelo de santidad cristiana. En 1891, presenta la causa a nivel diocesano (estaba como obispo Monseñor Ducellier); para 1893 tiene recogidos abundantísimos testimonios y manuscritos de personas que conocieron a San Miguel.

En el hecho de querer hacer conocer la vida del Fundador, preocuparse por el reconocimiento jurídico de su obra, acompañar y acrecentar las diversas comunidades e introducir la causa de San Miguel, percibimos la grandeza del P. Eche copar que, en todo esto, quiso permanecer “effacé”.

CONCLUSIÓN

A lo largo del recorrido que hemos hecho por la vida del P. Eche copar, hemos podido percibir un progresivo desenvolvimiento de sus dones y talentos en función de una misión. La riqueza de sus dotes humanas, finamente trabajadas en primer lugar en su propia familia y luego en los diferentes ámbitos de formación (Saint Palais, Olorón), han ido entretejiéndose con los dones del Espíritu a lo largo de su preparación al ministerio sacerdotal. Supo conjugar un temple aguerrido con una delicadeza extrema, una sólida vida de fe con el rigor intelectual, la capacidad de amistad con prolongados momentos de oración. Supo ocupar un segundo lugar cuando era oportuno hacerlo y convertirse luego en brillante “jefe y pastor” cuando Dios se lo pidió. Pudo crecer al amparo de una espiritualidad y de un carisma que no recibió él directamente, sino que fue descubriendo en la persona de San Miguel Garicoits. No trabajó para sí, sino para Dios. Tuvo objetivos claros frente a los desafíos concretos que se le presentaron.

Pienso que el P. Eche copar es para nuestro tiempo un modelo, en el sentido que conjugó sabiamente lo humano y lo espiritual (un verdadero humanismo cristiano), en que los afectos más tiernos hablaban de un amor proveniente de lo alto. Lo es también en cuanto a humildad: no necesitó ser él “el inventor” de una obra para poder crecer y realizarse en la dedicación a ella. Supo aprender de los demás y valorar a sus maestros. Por último, pienso que es modelo para hoy en cuanto nos muestra que lo mejor de nosotros mismos resplandece y se realiza en la medida que, en obediencia al Señor, nos dedicamos por entero a la tarea de buscar el crecimiento y bien de los demás.

P. Gerardo Daniel RAMOS, s.c.j.